

mana sangre arreo. Colón, en agradecimiento á las noticias recibidas respecto de la soñada Cipango, les prometió auxilio de sus poderosos Reyes contra los caribes y toda clase de gracias y de beneficios á ellos por su oro. Y comenzó tras esta conversación á ponerles ante los ojos las ventajas todas de una civilización como la civilización hispánica y el incremento que tomarían sus intereses con aceptarla; y al objeto de mostrarles el fundamento de lo dicho, puso al desnudo cuerpo de su salvaje amigo una camisa y le metió las dos manos callosas en sendos finos guantes. Obsérvase cómo las costumbres adaptan el traje á la figura, en cuanto vemos cualquier individuo ceñido con uno que no le cuadra, pues en ridículo cae sin remedio así que tal disfraz inadaptable á su cuerpo se viste. Cosa de risa y sainete la figura del cacique, modelada por aire y luz en libertad, y adherida por sus costumbres naturales al suelo, como un vegetal, ó moviéndose con movimientos casi animales, vestida de los arreos propios á la más alta civilización y cultura, los cuales reñían á una con todo cuanto él era. Por lo que os parece un mono vestido de hombre, podéis deducir lo que os parecería un indio vestido de español, un indio enguantado. Se comprenden las costumbres de aquellos salvajes en cuanto se sabe que no conocían armas de ningún género, si debemos prestar crédito á lo trazado en su *Diario* por el Almirante para información de los Reyes. Contradice un poco esto lo aseverado en otro lugar por el mismo Almirante acerca de las continuas guerras mantenidas entre los indios haitianos y los indios caribes; pero, como sea Colón el singular testigo de todos estos hechos, y su testimonio el único alegable, á él y á lo por él dicho necesitamos atenernos. Así añade que para más sorprenderlos y maravillarlos envió á la carabela por un arco turquesco y unas flechas de Castillo, y como un tripulante las ensayara, parecieronles á los hijos aquellos de la pura naturaleza verdaderamente milagrosos. Pero cuando su asombro llegó hasta el terror, fué al oír el estruendo de cañones y fusiles, disparados en salvas de regocijo, oídas por sus orejas,

ignorantes de tal fragor, como nubes tempestuosas y horribles.

El fagonazo, el estampido, el humo dados por aquellas materias inflamables con tanta facilidad y resonantes con tal estruendo, los efectos suyos de verdadero estrago y exterminio, asombraron de modo tal á los indios, que todos cayeron por el suelo, lanzando alaridos de miedo y haciendo gestos de terror, cual si hubiesen visto llegarse á ellos la muerte. Así no debe maravillarnos la inmediata inducción hecha de todo cuanto veían y les circundaba respecto á la naturaleza divina de quien así podía manejar elementos parecidos á los que avivan el relámpago, retumban en el trueno y con el rayo caen desde las inaccesibles alturas sobre la honda tierra y sus misérrimos engendros. La color blanca, la mirada imperiosa, la reluciente armadura, la viril barba, el acero chispeante, la carabina mortífera, bastaban á una con la superioridad evidentísima suya sobre los utensilios y los rostros indios para revestir de caracteres sobrenaturales y divinos los huéspedes abortados por un océano parecido al cielo y hasta entonces en solemne soledad. Así los haitianos se postraron de hinojos ante los españoles y les reconocieron autoridad de naturales dominadores. Todo huésped les parecía santísimo; cuanto más aquellos huéspedes singulares y sobrehumanos. Colón por ende creyó la conquista moral de aquellos indios concluida y perfecta. Nada más natural que sellarla con alguna marca exterior de verdadera importancia, un castillo, por ejemplo, un fuerte improvisado, signos materiales y tangibles de soberanía efectiva en la Europa feudal y monárquica. Los restos de la embarcación á su fábrica sirvieron, y el auxilio de los indios cooperó al pensamiento de los españoles con tal diligencia, que bien de prisa el fuerte se levantó á los ojos de aquellas tribus tan dóciles, y en el seno de aquella comarca tan virgen, tomando el nombre de Fuerte de la Natividad, puesto por Colón en memoria de su naufragio. Aquella toma de posesión, lejos de asustar á los poseídos, empeñóles más y más en su obediencia y acatamiento al poseedor, mientras á Colón sirvióle

para comenzar la conquista y descargarse de gente á su regreso embarazosa, cuando sólo disponía de la más diminuta entre sus carabelas, y captar voluntades en España, voluntades útiles para ir de grado adonde tan de grado se quedaran los recién idos. Las atenciones de los haitianos á los españoles crecían mucho con el mutuo diario comercio y trato en vez de aminorarse. Un hermano del cacique llevó el descubridor á su cabaña y le obsequió mucho en estrado amplio, compuesto con camisas de palmas, á que llamaban yaguas. Sentáronle con reverencia en sillón reluciente como azabache y parecido por sus proporciones á una cama. Y avisado el cacique por su hermano de que allí estaba el Almirante, fué al estrado, y después de saludar á su excelso huésped con grande reverencia, colgóle al cuello una plancha de oro. Inútil decir el regocijo de Colón. Pues no pararon en esto los obsequios. Como tuviera Guacanagari otros caciques á él sujetos, convocólos con premura y les condujo á presencia del Almirante, todos ellos coronados, para que presenciasen como él mismo, su jefe natural y superior, se quitaba la corona de oro, que á la sien ceñía, y la colocaba sobre la cabeza del recién venido, en reconocimiento de su divina y sobrenatural autoridad. En cambio de aquel oro Colón puso al cacique unas cuentas de vidrio por el cuello, un capuz de lana en la cabeza, un anillo argénteo en el dedo, y á los pies unos borcegués rojos, con todo lo cual creyóse riquísimo el engañado y dió un sobrenatural precio á su engaño. Tras este reconocimiento de la superioridad española tan parecido al vasallaje, debía Colón pensar en partirse y notificar en persona con auténtica notificación lo hallado á los Reyes, así para continuar en los granjeados favores de éstos, como para moverles y determinarlos á seguir y rematar la empresa con medios mejores que los traídos de la Península, ya mermadísimos por las circunstancias y accidentes connaturales á su viaje, á pesar de haber éste resultado por divina misericordia felicísimo. Así determinó dejar en el Fuerte Natividad unos treinta y nueve hombres para mejor

partirse con el resto. Su amigo Arana, el deudo de la cordobesa D.^a Beatriz, recibió la comandancia del improvisado castillo y de la escasa guarnición en él puesta. Un repostero del Rey debía suceder al jefe nombrado en caso de inutilizarse por cualquier causa éste y un segoviano al repostero. Un cirujano, un carpintero, un calafate, un armador, un sastre y un artillero, debían proveer, quedándose allí, á lo más necesario con sus respectivas industrias. Había tantas provisiones embodegado Colón que les dejó de los bastimentos copiosos y múltiples vino, bizcochos, artículos varios para todo un año. Á esto juntó armas con las cuales pudieran defenderse y simientes con las cuales pudieran prosperar y fecundar aquellos felices campos. Provistos del material indispensable, proveyólos también del sabio consejo. Encargóles primero la sumisión al jefe, pues donde no hay cabeza no hay nada, y con la sumisión al jefe las buenas relaciones y armonía entre todos ellos. Díjoles que, muy sometidos al superior y muy estrechados entre sí, debían imponerse á la región y á la gente india, no con alardeos inútiles de fuerza, con el ascendiente natural de sus virtudes y de su inteligencia. Amistad en sus relaciones con los naturales, respeto á las ajenas costumbres, castidad que justificase la idea concebida de sus virtudes, y resignación al destierro presente, compensado con los provechos futuros y con la gloria de ser los primeros en el dominio de la invenida tierra, les aconsejó Colón muy autorizado por la destreza consumada con que había dirigido hasta entonces los difíciles negocios de su amada fabulosa empresa.

Mucho le dolió al cacique indio la separación de su amigo y mucho al colono español de su jefe y guía tan previsor y tan pródigo. El adiós fué lloroso, aunque disparára el Almirante salvas regocijadísimas con objeto de ahuyentar dolores é infundir esperanzas. El 4 de Enero se partió, y el 5 se detuvo ante una montaña, muy semejante á gallardísima catedral, que bautiza con el nombre de Monte-Cristo. El 6 de Enero halló por aquellas aguas á Martín Alonso Pinzón. Ya le habían dicho los

indios haitianos que vieran su barco en recodos y ensenadas de Haiti; mas, aunque le costaba trabajo creerlos, escribióle cartas de amistad, cual si nada hubiera sucedido, en el temor natural á un rompimiento que se tornara guerra y malograra todos sus afanes, entregado como estaba en la *Niña*, mandada por un hermano del rival, á merced y arbitrio suyos completamente. Pero las cartas no fueron á manos de Martín Alonso jamás. Así, cuando lo encontró, no le dió queja de ningún género, admitiendo como buena la excusa pueril de haberlo impelido, mal de su grado, los vientos y las olas, cuando sabía Colón muy bien que le habían impelido los informes recibidos sobre la copia de oro en aquellos parajes, habiéndolo para sí allegado en grandes sumas, de las cuales repartiera dos terceras partes entre su tripulación y quedándose con el resto. Penetrado Colón de que recibiera un sobrenatural ministerio en su cuna, imputó el proceder de su segundo á maquinaciones de Satanás, que se había propuesto perderlo, metiéndose con su natural arrojo por medio de las malas pasiones en aquel cuerpo de su segundo convertido á insuperable dificultad y obstáculo diabólico de su empresa. Pero, como buen místico y franciscano, creyó Colón lo más conducente á su objeto cortar el hilo á las conjuraciones infernales con una paciencia muy semejante de suyo á la ofrecida por Cristo en su Pasión, y calló; pero segurísimo de que no decía verdad el piloto y dispuesto á castigarlo en cuanto por tierras de nuestra España lo tomase. El encuentro con Martín Alonso aceleró la vuelta de Colón, en el natural temor de que á mayores pudiera subirse añadiendo otro atentado al horrible de la separación. Así en vano le halagaba cada día más cuanto iba en su travesía viendo; peces que parecían sirenas, tortugas tan grandes como escudos, ríos con arenillas de oro, campos como edenes, puntas análogas á edificios, bahías muy serenas, isletas muy lindas, naturales muy bravos, promesas de oro muy numerosas, espejismos incesantes que lo atraían á una con sus celajes y le cautivaban la voluntad con sus prometidas riquezas. En vano le conta-

ban cosas estupendas, como que había dos islas en aquel mar muy cercanas, la una compuesta de hombres y la otra de mujeres, los cuales hombres y mujeres únicamente se juntaban en cierta época del año, como los animales se ayuntan al celo, y si los engendros de aquellos fugaces ayuntamientos resultaban por ventura masculinos, enviábanlos á la isla de los machos, y si femeninos á la isla de las hembras. En vano cinco marineros, que bajaran á tierra cerca de Monte-Cristi con gente muy brava toparon, la cual intentó hasta prenderlos y cazarlos, á cuyo intento cayó allí la primer sangre india vertida en tales encuentros. Colón tenía suma prisa de volver á España y se volvió sin dilaciones nuevas, ni nuevas tardanzas. Y, en efecto, el día 17 de Enero del año 1493, perdió de vista las recién halladas costas del Nuevo Mundo.